

OH ADONAI*

La Navidad recapitula todas las obras de Dios. San Ireneo, en *Adversus Haereses* ve el Misterio de Cristo como el Misterio de una recapitulación universal, de todo aquello que Dios había realizado desde el comienzo del tiempo. La Navidad por lo tanto no se puede concebir, no se puede contemplar ni vivir en profundidad, sino refiriéndonos a todo aquello que Dios ha cumplido, porque todo lo que Dios ha obrado encuentra su cumplimiento último, propio, en el Misterio de Cristo.

La primera obra de Dios ha sido la creación del mundo. Ahora la Encarnación es vista por la Liturgia precisamente como una continuación de la creación divina, que encuentra su cumplimiento no sólo cuando Dios trae todas las cosas de la nada, sino en su Encarnación, cuando El asume en unidad de vida a la creatura misma.

Y como en la creación, según los libros sapienciales (*Pr* 8, *Si* 14, *Sb* 7) Dios es siempre visto como quien opera la creación mediante la Sabiduría divina, ahora, justamente, esta Sabiduría que era asociada al Dios Creador en el suscitar de la nada las cosas, dando orden y belleza a toda la creación, esta misma Sabiduría se hace presente en el mundo con el nacimiento de Jesús. Navidad, por lo tanto, no es sólo una nueva creación, sino la creación última, es el acto por el cual la creación encuentra su cumplimiento final.

Pero ¿qué dice esta antifona? "*Oh Señor, Oh Adonai, jefe de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en el fuego de la zarza, y en el Sinai le*

* De la Revista *Ora et labora*. Enero-marzo 1982, pág. 16.

diste la Ley, extiende tu brazo y ven a librarnos”.

Entonces, si la obra de Dios en la Encarnación de Cristo es una nueva creación, la obra de Cristo en la Encarnación ¿qué es? Es una continuación de la historia de Israel. En la historia de Israel Dios se manifiesta como Yahveh, como un Dios que está con su pueblo. Según algunos, el nombre de Yahveh quiere decir “Dios es el que actúa, el que realiza”. Dios nunca se hizo tan presente al hombre, nunca realizó tan excelentemente la salvación como cuando se hizo hombre. He aquí por qué el nombre de Dios Yahweh, se puede atribuir precisamente a aquél que es verdaderamente Dios con nosotros, Dios presente con los hombres, que actúa en su favor.

Pero ¿cuál es la obra de Adonai o de Yahveh, del Señor?

Es, en primer lugar, la revelación que él hace de sí mismo: el hecho de que él dio a Moisés su nombre. En segundo lugar, la liberación del pueblo de Israel de Egipto, el paso del mar, el poder desplegado por Dios en esta liberación y en esta salvación; y, finalmente —don supremo de esta Providencia divina que guía a Israel a través del mar Rojo— el don de la Ley; por este don, Dios y el hombre realizan una alianza mutua.

Y bien, ¿qué es la Encarnación del Verbo, qué es Navidad?

Es en primer lugar la certeza y la experiencia de una presencia activa de Dios en el corazón de la humanidad; es el haber dado Dios el poder al hombre de darle un nombre, de llamarlo con un nombre, y al poder llamarlo con un nombre, hacer que el hombre entre en posesión de Dios.

Se sabe que los antiguos pensaban esto: quien conocía el nombre de una cosa, era el que la tenía en propiedad. Ahora bien, Dios dice su nombre a Moisés, él es Yahweh. *Dirás al pueblo de Israel quién soy, mi nombre es Yo soy; dirás al pueblo de Israel: El que es me manda a vosotros. ¿Cuál es en cambio el nombre que ahora los hombres dan a Dios y que expresa un poder que el hombre ha adquirido sobre Dios?*

El nuevo nombre de Dios es *Jesús*, pero en Jesús los hombres han entrado verdaderamente en posesión de Dios. De hecho este Dios que es Jesús, es su hijo, es verdaderamente el don supremo de Dios a los hombres.

Cantamos en la tercera Misa de Navidad: *“Puer natus est nobis et Filius datus est nobis”*. “Nos ha nacido un niño, el Hijo nos ha sido dado”. Aquí está nuestra posesión.

El es el *Salvador*. No sería el Salvador si no nos salvase. El nombre de Dios ahora implica de veras esta relación intimísima que Dios ha establecido con el hombre: Jesús.

Oh Adonai dice la antífona. Es siempre el misterio del nombre. El nombre de Dios para Israel era seguridad, garantía, no sólo de una protección de Dios, sino de una defensa, de un poderoso socorro: Yahveh = Dios está aquí.

Esto quería decir Yahveh. Y Dios estuvo verdaderamente con su pueblo; lo estuvo cuando abrió el mar y el pueblo pasó a pie enjuto; cuando Israel atravesó el desierto y Dios lo sostuvo, le dio de comer y de beber, librándolo de todos los peligros, salvándolo de todas las amenazas, llevándolo hasta la tierra de Canaán.

¿Cómo se manifestó, pues, la protección de Dios, la Alianza divina con Israel en el A.T.? Con este poder en beneficio del pueblo. Ahora, en la Encarnación del Verbo, es el mismo poder que guía al nuevo pueblo de Dios y lo defiende, un poder que se expresa en el brazo fuerte de Dios que salva.

Y aquí vemos la diferencia entre el A.T. y el Nuevo, porque en el N.T. el poder de Dios se expresa para nosotros con la debilidad de un Niño y en la muerte de un Hombre; pero la debilidad de aquel Niño, la muerte de aquel Hombre que es Cristo, salva verdaderamente al mundo; en la debilidad del hombre se manifiesta la fuerza misma de Dios. Lo que es más débil entre los hombres deviene más fuerte en Dios.

Dice la antifona: "... *Oh Jefe de la casa de Israel*". Jesús es el nuevo Jefe. Los sinópticos ven en Jesús a Moisés redivivo, es decir a aquel que acompaña al nuevo Israel a través de todo el camino hasta el seno del Padre.

Las antifonas mayores, antes de hablarnos de la obra de Jesús en la salvación del mundo por medio de la Cruz, nos hablan de este guía que es Jesús con respecto a los hombres: él es el Maestro, él es el Jefe, él es el Camino.

"*Oh Jefe de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la zarza...*", que te apareciste al Nuevo Israel en los gestos más comunes... En toda la vida que Jesús vivió con los Apóstoles, él siempre se hizo conocer. Y sobre el Sinaí dio la nueva Ley. ¿Cuál Sinaí y cuál Ley, Jesús dio la Ley al Nuevo Israel en la Montaña de las Bienaventuranzas; o bien en el Sinaí de la revelación de Dios, la Transfiguración; o, finalmente, en la Última Cena. Y esta aparición de Dios a los hombres en Cristo, siempre está unida a una Ley que Dios, en Cristo, da a los hombres: es el Sermón de la Montaña, o es la Palabra del Padre: *En él he puesto mi complacencia, escuchadlo*; es la palabra de Jesús en la Última Cena: "*Amaos como yo os he amado*".

* * *

Ahora hemos de considerar de un modo particular qué significa para nosotros la contemplación del Misterio de Cristo, en la luz no tanto de la creación, sino desde el Exodo. El Evangelio, Cristo, es precisamente el cumplimiento de las grandes figuras que están en el comienzo de la historia de Israel. *Adonai*, no es tanto la Sabiduría ordenadora de la creación, no es solamente el Verbo de Dios en cuanto que revela al Padre, sino es el Señor, el Se-

ñor que actúa, el Señor que salva. De hecho es esto lo que contemplamos en Cristo. El misterio de Jesús renueva y lleva a su cumplimiento último las figuras del A.T. En la luz del Exodo ¿quién es, pues, Jesús? Será Moisés redi-vivo. Si la obra de Cristo es el nuevo Exodo, Jesús será el nuevo Moisés.

De hecho, los evangelistas ven siempre a Jesús como al nuevo Moisés, y aun antes que los evangelistas, los autores judíos que contemplaban la era me-siánica, la anunciaban a la luz de la figura de Moisés. Jesús sería el nuevo Moi-sés, el nuevo profeta anunciado por Moisés: *Vendrá otro profeta y lo escucha-réis (Dt 18,15)*.

Para entender la obra de Moisés, es necesario recordar lo que era el pue-blo de Israel y lo que realizó Moisés: la esclavitud de Egipto y por lo tanto la liberación; las tribus dispersas, sin cohesión, y en cambio, la unión de todas las tribus bajo la guía de Moisés a través del desierto. Pero Moisés no es sólo el que libera, aquel que une; es el que salva a través de un camino, del cual él mismo es el jefe. Jesús será igualmente el Jefe del nuevo pueblo de Israel, y lo llevará a través del mar y a través del desierto a la Tierra prometida; no sin que sobrevengan también acontecimientos espectaculares en los que la unión de Israel con Dios se hace particularmente evidente a los hombres que viven más intensamente en relación con él.

Pero antes de llevar al pueblo a la Tierra prometida, Jesús da al nuevo Israel una Ley, como Dios la había dado a Israel por medio de Moisés en el monte Sinaí; y así se revela a nosotros.

Parece verdaderamente admirable que este nombre de Adonai conven-ga al Niño recién nacido que es sólo debilidad e impotencia. Pero todo es-to está en cierto modo profetizado en la piedrita que se separa por sí sola de la montaña y apenas choca contra los talones de la gran estatua de Nabuco-donosor, la desmenuza. *La debilidad de Dios*, dice el apóstol Pablo en la car-ta a los Corintios, *es más fuerte que la fuerza de los hombres*. ¡Debilidad de Cristo! El es el Señor, no en una gran manifestación de fuerza, sino en la de-bilidad y en la impotencia. La impotencia de Jesús, la debilidad de Jesús es más fuerte que todo; ninguna fuerza resiste frente a esta debilidad, a esta man-sedumbre de Jesús. Se cumple en él, antes que en nosotros, cristianos, lo que él dijo en las bienaventuranzas: *Felices los mansos porque ellos poseerán la tierra*. Dios entró en posesión del mundo, devino verdaderamente el Rey de los corazones, no tanto mediante el poder, como mediante la dulzura de su infancia.

¡Oh Adonai! Nosotros reconocemos en un niño al Señor; el señorío de Dios se expresa en la debilidad de un niño. La debilidad es la que vence, y la humildad en los designios divinos es la única que tiene la fuerza y la victo-ria. ¡Oh Adonai! Reconocer a Dios, reconocer la fuerza de Dios, el poder de Dios, nuestro Señor Dios en un niño: esto es lo que se nos enseña en la fiesta de Navidad. Pero observemos que ésta no es sólo una fiesta del año litúrgico,

es la fiesta de todo el año litúrgico, porque Dios se hace presente a nosotros precisamente en la humildad de la naturaleza humana.

Lo que cantamos en Navidad lo podemos cantar todos los días de nuestra vida, porque Dios de veras es el Señor no tanto en el poder que confunde a los enemigos, como en la dulzura que vence. Es por su humildad como nos gobierna y actúa en nosotros.

¡Oh Adonai! El nombre de Yahweh no se podía pronunciar; se pronunciaba el nombre de Adonai, el Señor. Dios es nuestro amo y es un Niño. ¿Qué podremos temer? Y, más aún, el Niño es más amo que los hombres grandes. Los niños, en realidad, obtienen más de lo que puede obtener cualquier otro. No sólo el afecto, sino todo: los grandes están a su servicio. Y nosotros estamos al servicio de Dios; y no sólo esto, sino que podemos reconocerlo verdadero Señor sin sentirnos, en lo más mínimo, humillados, mortificados, por el hecho de que Dios manifiesta su señorío sobre el hombre en la dulzura de su infancia. Así él nos ha conquistado.

Si se hubiera manifestado en el poder habríamos inclinado por fuerza la cerviz, porque ¿quién puede oponerse a Dios? Pero hubiera sido una opresión. El hubiera sido el amo que habríamos debido soportar. Pero no se trata de soportar, se trata, para nosotros, de una elección, libre de su señorío, cuando vemos que el poder de Dios se nos hace presente en la humildad de un Niño. Y es ésta la condición en la que se encuentra hoy el hombre. Mañana, cuando él vuelva, ¡no volverá como niño!... Y si ahora no quisiéramos reconocerlo como Señor en su humildad, deberemos entonces reconocerlo en su grandeza, en su majestad de juez. Pero ahora no. Ahora no se trata para nosotros de estar obligados a aceptar su señorío en un juicio de condena; en cambio se nos invita a reconocer su señorío en la debilidad que se ofrece a nosotros, en la impotencia de la infancia que se deja defender y amar por nosotros; él es tanto más Señor cuanto más busca solamente nuestro amor.

Y de hecho, nadie nos manda más que aquellos que nosotros amamos. No digo aquellos que nos aman, sino que aquellos que amamos. En la medida en que amamos, queremos ser poseídos por la persona que nos ama. Por eso Jesús se hizo niño, para que amándolo, reconozcamos libremente su señorío y le otorguemos el título de Rey de nuestro corazón. Por eso Adonai. Reconocemos la realeza de Dios en un Niño, porque la realeza de Dios es una realeza de amor. El quiere mandarnos solo en la medida en que lo amemos. Justamente porque lo amamos nos dejamos dominar por él; porque lo amamos, porque lo hemos elegido libremente, queremos que él nos posea, nos domine, sea nuestro Rey.

Pero es una dominación tanto más hermosa en cuanto verdaderamente libre, es verdaderamente voluntaria, en cuanto no es él que nos la impone, sino que nosotros mismos le pedimos que la ejerza sobre nosotros: que sea nuestro Rey. Es en realidad, lo que pidió Israel en tiempos de Saúl: *Queremos*

un Rey. Pero es en el aparecer de Cristo que el nuevo pueblo de Dios tiene su verdadero Rey. Basta leer los salmos reales, del salmo 90 al 99, para darnos cuenta. Yahveh reina; son precisamente los salmos del Adviento mesiánico, de la Encarnación del Verbo.

Nosotros celebramos la fiesta de Cristo Rey al final del año litúrgico... Pero en la antigüedad la Iglesia siempre celebró la Misa de la Realeza de Cristo en el día de la Epifanía: *Ecce advenit dominator*... Este es el verdadero in-troito de la Epifanía, la verdadera fiesta de la realeza. Y este es el nombre de Jesús: no de Jesús juez, sino de Jesús Niño. El es el Rey que reina. Yahveh reina y es el único.

¡Oh Adonai! Habría tantas otras cosas que decir respecto a esta antifona, pero ante todo hay que subrayar cómo, en definitiva, la teología no es otra cosa que la doctrina de los nombres: nosotros conocemos a Dios sólo en los nombres que él se ha dado. He aquí la importancia de nuestra reflexión en la Biblia, sobre el nombre de Dios. El nombre dice precisamente el conocimiento real que tenemos de Dios. Ahora bien, nosotros conocemos a Jesús cuando lo reconocemos como Rey. Conocemos al Niño Jesús cuando en la práctica podemos decirle: "Tu eres mi Señor, mi Dios, mi Rey". Al Señor Juez, ¿cómo podría negársele algo? El lo toma aun cuando no lo quieras. Pero a Jesús Niño vas con tus dones. En todo el año litúrgico vemos que los hombres —los pastores, los Magos—, llevan dones a Jesús sólo en Navidad.

* * *

Y es precisamente en la fiesta de la Epifanía cuando le renovamos el don de nuestra vida, de nuestras almas, nuestros votos. Pero ¿qué quiere decir renovar los votos en la Epifanía, qué quiere decir ofrecernos a nosotros mismos al Señor, sino reconocerlo como nuestro Rey? *Ecce advenit dominator Dominus, et regnum in manu ejus, et potestas et imperium*. El Reino está en sus manos. De hecho ¿qué tiene el Niño Jesús en sus manos? ... Tiene una pelota, juega: este es el modo de reinar de un niño, jugar; de hecho, Jesús tiene el mundo en sus manos; así reina. El reino de Dios es el juego del amor.

Pero Jesús, el nuevo profeta prefigurado por Moisés, no es sólo el Señor, el que gobierna, el que domina; también es el que nos guía, nos libra, nos salva, el que da la ley y crea la unidad del pueblo.

Todo esto, si lo consideramos a la luz de Navidad, ¿qué nos dice? Nos dice de qué modo Dios nos salva, cuál es el camino que nos abre para que podamos alcanzar verdaderamente la libertad, es decir, para llegar al Padre. Es el camino de la simplicidad, de la pureza, de la paz. Tampoco aquí es el camino del poder: la victoria para el cristianismo no es conquistada por la fuerza.

Jesús es el jefe, guía a su pueblo. El camino por el que lo conduce es el camino que él mismo muestra en el misterio de su nacimiento: misterio de pobreza, de simplicidad, de humildad.

Jesús conduce precisamente en cuanto que nos encamina, nos lleva por este mismo camino. No a la conquista de nuevos reinos, sino a la conquista de una paz interior, de una libertad interior. Veremos a este Niño que vivirá después como hombre en la condición de una humanidad sufriente, pasible, en la mortificación de una vida oscura, de trabajo...: ¿qué libertad, entonces? Una libertad toda interior, la libertad de todo lo que nos hace esclavos, es decir la concupiscencia de la carne y de los ojos, la soberbia de la vida, como dice san Juan.

La libertad cristiana es la libertad del amor, conquistada a través de un camino de simplicidad, de pureza y de paz. Él es nuestro jefe y compañero que nos introduce en este camino, y en este camino nos precede: por lo tanto sólo en este camino podemos caminar con él.

Y ¡qué camino maravilloso está llamada a cumplir la humanidad siguiendo a Jesús! Un camino que no la lleva localmente de una tierra a otra, sino más bien de la esclavitud de la concupiscencia a la libertad del amor, a la simplicidad de la vida, a la pureza, a la gracia.

Y para que seamos conducidos por él, él deviene de hecho el Legislador, el que nos da la Ley, y del cual la aprendemos, aquél a quien debemos obedecer. El mismo es nuestra Ley; la ley del cristiano es Jesús en su pobreza, Jesús en su humildad, Jesús en su simplicidad. Ley del cristiano es Cristo.

Pero, ¿qué quiere decir todo esto? Quiere decir que nosotros no podemos nunca sustituir a Cristo por una ley abstracta, aún cuando esté hecha de mandamientos divinos. La única ley es su presencia, la única ley es su vida. Jesús permanece siendo ley sólo en la medida en que se hace presente para ti en el ejemplo de su vida, en el ejemplo de su nacimiento. Y así como la ley de Dios en el Sinaí no se puede separar de la manifestación de Dios a Moisés, y la misma manifestación de Dios bajo ciertos aspectos deviene ley para el pueblo de Israel, tanto más es ley para el pueblo cristiano la manifestación que Dios nos da de sí mismo en la humildad, en la simplicidad del Niño, en la pureza y en la gracia de Jesús nacido en medio de nosotros.

He aquí la ley del cristiano: ¡ la presencia de Dios en Cristo, aquel que nos habla sin hablar porque es un Niño; aquél que manda sin pedirnos nada porque es un Niño; pero es verdaderamente el Señor!

Oh Adonai, jefe de la casa de Israel... El Señor en verdad nos rige y nos gobierna a través de esta manifestación de su santidad. Por eso la antífona recuerda dos manifestaciones que distinguen la epopeya del Exodo: la manifestación del comienzo, la zarza ardiente, la que está en el centro de esta

gran epopeya, es decir, la revelación del Sinaí. En ambas revelaciones, la aparición de Dios implica la relación que él establece con el hombre, y por tanto, la ley que debe guiarlo. En Cristo Jesús, Dios se nos manifiesta en la humildad de la infancia, y ésta, deviene la ley del nuevo pueblo de Dios, deviene su camino.

Para nosotros, cristianos, no se trata de hacernos grandes, se trata de volver a ser niños. La ley del cristiano es Jesús en esa humildad, Jesús en esta simplicidad. ¡Cuánto debemos aprender de esto! Toda la epopeya del Exodo se transforma en esta relación que la antigua narración tiene con el Misterio de Navidad: no la palabra, ahora habla el silencio. No la grandeza; ahora la humildad es la expresión del poder de Dios. No la gloria de una gran soberanía, sino la simplicidad de un Niño revela la gloria divina.

Y nosotros estamos llamados a despojarnos de todos nuestros vanos oropeles para reducirnos a aquella simplicidad, para vivir aquella humildad, para transformarnos en aquél que nos llama a sí para aprender de él no tanto, como decía san Agustín, a fabricar las montañas, sino a ser mansos y humildes de corazón como él.

"Oh Señor, Jefe de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en el fuego de la zarza y en el Sinaí le diste la Ley, extiende tu brazo y ven a librar-nos".

Si ahora queremos profundizar más el texto de la antífona, podemos pensar de qué modo el misterio de la Navidad nos manifiesta este camino del hombre, y cómo este Misterio es verdaderamente aparición de la gloria de Dios.

En la Epifanía se habla de un camino que es el camino del hombre, es el camino del sabio que busca la salvación, que quiere encontrar a su Dios. Pero ¿cómo lo encuentra? El camino termina ante un Niño. Los Magos son guiados por una estrella, deben hacer un largo viaje, y este viaje llega a su fin sólo a los pies del Niño Jesús.

Nuestro camino debe conocer esta misma dirección, esta única meta. También para nosotros tender a la salvación, salir de la esclavitud, quiere decir descender, entrar en la gruta y contemplar a Jesús en la impotencia de su infancia. El camino de toda la vida espiritual no tiene por término sino esta humildad, este reducirse a ser como él, Niño: la suprema perfección de nuestra vida religiosa, de nuestra vida cristiana, es el abandono y la simplicidad del niño, esta humildad serena, esta simplicidad pura.... no hay otra meta en el camino del hombre. La manifestación más alta de Dios culmina en esta pura humildad. No se va de grandeza en grandeza, o mejor dicho: es una grandeza siempre más elevada si está hecha siempre más puramente, de humildad, de paz, de dulzura, de amor. Dios no es grande por el poder que expresa, sino por el amor que da. Dios no se revela más cuanto más hace pesar su poder sobre no-

sotros, sino cuanto su amor más se revela y comunica al mundo; por eso él se despoja de toda grandeza, para reducirse a un total don de amor por ti en la simplicidad de la infancia.

¿Qué poder se puede pedir a un niño? Pero es precisamente la impotencia la que manifiesta el máximo de la omnipotencia divina. Dios es tan poderoso que puede liberarse también de todo poder para permanecer lo que es. Es decir, no es más Dios cuanto más posee, antes bien, cuanto más se despoja de todo aquello que no es para reducirse sólo a ser Dios, tanto más demuestra que él es la omnipotencia creadora...

Ahora bien, Dios ¿qué es?, Dios ¿quién es? El es el Amor. Cuanto más pues se te revela como amor, como amor puro, tanto más también se te revela la omnipotencia misma de Dios, porque esta omnipotencia no es algo que pueda distinguirse realmente de su amor y de su amor por ti. La revelación de Dios es alta, es grande, es verdadera, es real, cuanto más esta revelación se expresa en la pura manifestación de su caridad.

El poder de Dios en el A.T. quería decir para Dios trastornar los elementos, vencer a los enemigos, destruir todas las oposiciones y todos los obstáculos. Ahora él no destruye sino un sólo obstáculo, la distancia que lo separa de ti. El único obstáculo a la omnipotencia divina es Dios mismo en la medida en que él no se reduce a tu medida para poderte amar sin que nada más lo separe de tu pobreza, nada más lo haga extraño a tu condición humana. Por eso la suprema manifestación de Dios es no sólo un Dios hecho hombre, sino un Dios hecho niño, es decir hecho hombre en la expresión de la mayor debilidad y humildad.

La grandeza de Dios se manifiesta en el haber quitado toda barrera, en haber eliminado toda distancia que lo separaba del hombre; en el hacerlo en verdad uno de nosotros, menos que nosotros, porque no es sólo un compañero, es un Niño que tú puedes llevar en brazos y defender con tu amor.

¡Verdaderamente Jesús es nuestro! ¡Cuánto perdemos a veces cuando vamos contra todas las devociones! La devoción a Jesús Niño es algo inmenso, porque si no, se corre el riesgo de hacer abstracciones: sólo Dios. Sí, pero Dios se hizo hombre y nos mira con los ojos de un Niño, nos sonríe con los ojos de un niño, nos tiende los brazos. No existe otra razón por la cual los sacerdotes y los religiosos no se casan... *Puer natus est nobis et filius datus est nobis*: la virginidad no se justifica en el cristianismo si no es una participación en la maternidad de María. Y por cierto para un sacerdote son hijos todos los cristianos, pero en la medida en que son Cristo; porque en la medida en que no son Cristo, no pueden ser hijos del alma consagrada. Por lo tanto, en definitiva, mi Hijo es Cristo, mi Niño es Jesús.

Así debemos sentirlo; no debemos avergonzarnos de que san Francisco lo haya llevado en sus brazos; no debemos avergonzarnos de que san Juan

de la Cruz, en Beas, la noche de Navidad, exclame: "¡Oh, si debo morir de amor, este es el momento!" Y toma al Niño de la cuna y comienza a bailar en presencia de los otros religiosos, él, tan austero!

Hoy se habla sólo de Dios, ya no de Jesús; esto es serio, porque debemos darnos cuenta de que para nosotros, los hombres, Dios existe en Cristo, se revela en Cristo, se nos da en Cristo: si se pierde a Cristo, se pierde a Dios. Dios, para nosotros, o se hace presente en Cristo o de otro modo no lo alcanzamos. Debemos mirarlo con los ojos, debemos abrazarlo con las manos, como dice el apóstol san Juan: *Lo que nuestros ojos vieron, lo que nuestros oídos oyeron, lo que nuestras manos tocaron del Verbo de la vida, eso os anunciamos.* Os anunciamos esto, porque no tenemos otra cosa que anunciar; pero nosotros hemos conocido a Dios en Cristo, lo hemos llevado en brazos, lo hemos visto con nuestros ojos, lo hemos escuchado con nuestros oídos: *Jesus, ADONAI.*

*Traducción del italiano
de Irene Zeneboni, osb*

Divo BARSOTTI